

De cualquier modo.

El infeliz que, lleno de alcohol, de odio, de amor, de hambre o de estupidez, da una puñalada a un prójimo, estrangula a una prójima, da de tiros a un rival, despoja a un atrasado transeunte, rapta una niña o estafa a una institución, no sabe que de su hecho, alguien, sentado tras un escritorio, sin exponerse a nada -- ni a las puñaladas, ni a las estrangulaciones, ni a las balas ni a la cárcel -- extraerá una ganancia, una utilidad; porque en este mundo de economía liberal hay gente que no se fija en cómo se gana el dinero; la cuestión es ganarlo, de cualquier modo que sea.

El que asesinó a la niña Bon, por ejemplo, no supo nada de eso; es más, si se lo hubieran advertido, no lo habría creído. ¿Cómo es posible -- se hubiera preguntado -- que alguien, vaya, friamente, a ganar dinero con la sangre que en este instante de pasión (o de estupidez) voy a derramar sobre el camino Pedrero?

*Ignorante criminal.* De la sangre de aquella niña brotaron nuevas hojas periódicas, cientos de bocas vocearon el crimen por las calles de Santiago, miles de abotargados seres echaron mano al bolsillo y cientos de miles de monedas de a peso fueron a apilarse ante aquel escritorio; cientos de miles de monedas de que *el* autor del crimen *x* no verá *x* ni una (~~parte~~ *porque* supongo que no estará *x* en connivencia con ellos). ~~-----~~

Y no es esto lo peor: lo peor es que los periódicos de esa índole llegan, con el tiempo, a tener gran ascendiente sobre cierta clase de público, y teniéndolo, pueden constituir una amenaza para la vida moral, social o política de un país: el pazguato que cree hoy en sus titulares, seguirá creyendo siempre en ellos, aunque no le hablen ya de crímenes sino que de asuntos más importantes y trascendentales; y como se trata de ganar dinero y nada más que de ganar dinero, sin que importe el cómo, ¿qué más le da al periódico afirmar la verdad o la mentira, lo moral o lo inmoral? Lo importante es que no se corte el chorro de las monedas de a peso.

Hasta hace poco, los periódicos que explotan la crónica roja no se voceaban sino en los barrios apartados, especialmente, según nuestros datos, en los alrededores de la Estación Alameda; de un salto, y gracias al asesinato de Alicia Bon, han llegado al corazón de la ciudad, de donde no saldrán ni a dos tirones (los abotargados forman legión). El que asesinó a la dulce niña cometió, en realidad, dos crímenes: uno contra la sangre y otro contra el espíritu. Ninguno de los dos le será perdonado.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©